riana es demasiado santo, demasiado místico y demasiado empalagoso.

¿Si vendremos á parar en que mi padre tiene la culpa de

bien visto él tuvo la mejor intencion del mundo, al querer hacerme bueno, como él me decia, y yo por mi parte no tuve el talento necesario para hacerme un poco malo.

Yo no tengo la culpa de los anacronismos de mi vida.

En el órden natural estaba que yo hubiera amado primero á Teresa y luego á Mariana; pero yo no tengo la culpa de haber conocido primero á Mariana, que á Teresa.

Yo comprendo que cansado de Teresa podría muy bien soportar á Mariana y hasta amarla. ¡Como ha de ser!

En todo caso, ese fué mi destino y el destino de mi muger.

Al empezar á vivir en este mundo nuevo, me he sentido
otro, y he sentido el deseo de borrar de mi vida, todo lo pasado para empezar de nuevo....sí, empecemos de
nuevo.....

Y Don Manuel se quedó dormido.

## CAPITULO XIV.

EN EL QUE EL LECTOR CONOCERÁ ALGUNOS DE LOS EFECTOS DEL PECADO DEL SIGLO.

Don Carlos una vez fuera de la casa de Doña Laureana, se dirijió en derechura á la casa de su nóvia.

Ya hacia ya mas de una hora que Isabel estaba esperando á su amante.

Procuraremos que el lector conozca un poco mas á esta joven.

Isabel era en la vida de Doña Mariana, no solo su hija, sino su parte complementaria.

En la edad en que la muger comienza á darse cuenta del desarrollo de sus facultades, en esa aurora de la vida intelectual en que los objetos esteriores comienzan á dibujarse distintamente en el cielo del porvenir, Isabel, como todas las almas puras y ardientes, soñaba despierta delante de ese panorama brillante que ofrece la primavera de la vida.

El alma de Isabel se abria como la blanca azucena al contacto del calor atmosférico, bajo la influencia vivifica del sol de la juventud.

Dios, la piedad, el amor, el placer, como los brillantes colores de un prisma, se mezclaban, se confundian, irradiaban ante sus ojos avaros de luz, y caían en el fondo de su alma, á manera de gotas de rocío en una flor, las primeras gotas de ese bálsamo que se llama bienestar.

Hay tanta y tan dulce voluptuosidad en las primeras impresiones del alma, que revelada en una fisonomia de quince años, traza esas lineas y dá esas aquarellas divinas que son la clave de hermosura y del encanto juvenil.

Isabel, cuando empezó á vivir con el espíritu, se embelleció con esas tintas, dibujó en su rostro esas líneas purísimas, de la castidad, del pudor, de la inteligencia y del amor.

Isabel de trece años sintió una mañana la alborada del pudor al contemplar el talle de una amiga suya; sintió la primer caricia de la piedad en su alma al regalar uno de sus juguetes á una pordiosera, sintió la primera chispa de la inteligencia al notar que su madre se equivocaba, y sorprendió á los catorce años en uno de sus propios suspiros el primer soplo de amor.

He aquí el tesoro virgen de una alma esperando en el dintel de la vida que una mano sábia, poderosa y fuerte la conduzca al traves de este valle de sinsabores y maldades.

¡Pobre alma huérfana, espuesta de una manera irrevocable á seguir la ley universal de progreso y de desarrollo! Alma ciega que necesita luz.

Alma débil que necesita apoyo.

En su individualidad, al pie del arbol del bien y del mal, si busca luz y si necesita apoyo, lo buscará como buscaba los pechos para alimentarse en la madre que le dio el ser, y confiada en tan tierno apoyo, probará la fruta que se la dé y beberá el veneno que se la ofrezca.

Doña Mariana era ese apoyo, esa luz, esa madre encargada de la obra gravísima de conducir una alma al traves del la berinto del mundo.

¿Seria competente Doña Mariana para empresa tan árdua? ¿Podria hacer mas de lo que ella misma alcanzaba á ser?

Y si era incompetente, y en vez de dar felicidad á su hija la daba un tósigo que le preparase un porvenir sombrio y funesto inculparemos á Doña Mariana?

Doña Mariana á su vez tambien fue niña débil y necesitó la luz y el apoyo, pero heredó el pecado de su madre.

Isabel heredará el mismo pecado.

Y lo heredarán los hijos de Isabel.

¿Hasta cuando cesará la herencia fatal de un pecado, que no es el pecado de un hombre, que no es la voluntad de un ser rebelde quien lo engendra, un pecado que no es ni la sedicion ni la desobediencia, un pecado sordo que se trasmite, que pasa de conciencia á conciencia, y que inocula á los hijos con la sangre de los padres, pecado que pasa por cima de los confesonarios, sin atravesar la rejilla de ojadelata, que penetra en los locutorios, en los santuarios, que recorre el recinto del Vaticano y enseñoreándose desde las catedrales hasta las alcobas, desde los monasterios hasta las pocilgas, vuela sordamente inoculando, matando y subyugando seres

que medio ven, que medio oyen, que medio entienden y que bajan á la fosa con su absolucion y su pecado á despecho de la luz de la civilizacion y del progreso humano?

¿De quién es pues este pecado?

Es el pecado del siglo.

Veámosle germinar en el corazon de Isabel.

Alegre, inocente y espansiva Isabel se ocupó, á los siete años, de asuntos de una gravedad aterradora.

Todavia no podia su vista miópe medir la profundidad del abismo, cuando se la obligó á contemplarlo.

En su fondo estaban escritas estas palabras que se la invitó á deletrear.

:Infierno!

¡Salvacion eterna!

¡Penitencia, mortificacion!

La niña juntaba con trabajo las letras.

En cuanto á las ideas, el primer dia no vinieron, mas tarde comenzaron á levantarse, como en una noche oscura, del fondo del abismo.

Despues de la primera intuicion, Isabel tembló

Y temblando conocio Isabel un fantasma que se levanto una mañana al lado de las primeras flores de su juventud.

Y ese fantasma no la abandonaba ni de dia ni de noche.

Ese fantasma era un centinela de piedra entre Isabel y el mundo.

Entre su conciencia y Dios.

Todos los actos de la vida, todos los móviles de la voluntad de Isabel pasaban por la sancion de aquel censor eterno, inexorable, déspota.

Ante aquel fantasma solo habia un recurso: la oracion,

Para aquel fantasma solo habia un alhago.

El culto religioso.

Y para que el fantasma llegase á humanizarse y hasta á sonreir, se necesitaba una hecatómbe.

La penitencia.

Y la oracion y el culto religioso y la penitencia, como los tres componentes únicos, precisos é indispensables de un cuerpo químico, formaban la senda del cielo.

Isabel tenia una ilusion ¡Ir al cielo!

Y sabia muy bien, por que lo tenia muy aprendido de memoria, que para ir tan lejos no se puede caminar sino con los ojos bajos.

Quién lo sabía perfectamente, que era Fray José de la Purísima Concepcion, su confesor, se lo habia dicho.

Isabel, á los seis años, se habia atrevido á hacer al fraile esta pregunta.

—¿Por qué, si el cielo esta alla ariba, lo hemos de ir buscando con los ojos bajos?

—Por que el cielo es solo de los humildes, de los pobres de espíritu, y de los mansos de corazon.

—Pues yo, cuando quiero ver el cielo, especialmente de noche, levantó mucho la cabeza.

¿Fray José besó en la frente á la niña Isabel, y se quedó pensativo.

¿Qué pensaría Fray José?

Las chispas de la inteligencia de Isabel, brillaban al través de la oscuridad, como las del pedernal y el acero enmedio de la noche; pero el fantasma se movia en el fondo del abismo, é Isabel volvia á temblar.

Cuando Isabel temblaba, Fray José y Doña Mariana la

acariciaban.

El alma de Isabel pasa llegar á la ternura del amor, tenia que pasar por la prueba del terror.

Cuando Isabel tenia miedo, buscaba una caricia.

Cuando Doña Mariana la besaba inopidamente, Isabel se impacientaba.

Isabel vivia, pues, mas para el fantasma que para sí misma.

Aprendió á conseguir todos sus goces por medio del fantasma.

Ella no lo conocia, pero lo sentia le temia y lo acariciaba. Isabel á los doce años cometió el primer atentado.

Se habia quedado sola. La soledad y la infancia son un consórcio estraño.

Isabel vió en su soledad lo que veia en todas partes: el fantasma.

El fantasma la estaba aconsejando, é Isabel cedió y abrió un cofre de Poña Mariana, sacó un objeto estraño, despues otro y se sentó á contemplarlos.

Eran unas mallas de alambre delgado, erizado, como el terciopelo visto con lente, de puas agudas.

Eran unos brasaletes de la fábrica del fantasma.

Isabel tocó con la yema de sus rosados deditos aquellas puas, y sintió un horror instintivo; las arrojó de sí, pero atraida por una especie de fascinacion, las recojió y las examinó de nuevo.

Comenzaba á sentir que la picazon de la curiosidad, no se saciaria sino con la picazon del silicio.

Y se desnudó una pierna. Su manecita palpaba alternativamente la suavidad de la piel, y la aspereza del silicio, y

al fin se lo aplicó suavemente.

El contacto frio del acero y aquella superficie homogénea de puntas, produjeron una sensacion que comenzó por ser estraña, despues fué grata y finalmente fué voluptuosa.

Isabel se sugetó los silicios con unas cintas y ensayó á andar.

Sintió correr por todo su cuerpo un especie de adormecimiento que, como la primera sensacion de los silicios, comenzó por ser estraño, despues agradable y al fin valuptuoso.

Sentimos no ser fisiólogos competentes para esplicar este fenómeno digno de estudio.

La voluptuosidad en la inocencia, por medio de una sensacion desconocida.

Isabel cantó victoria, tenia un aire triunfante y comenzaba á sufrir el escozor con un placer que ella misma acariciaba.

Al ver llegar á Doña Mariana, tambien tembló; pero tuvo fuerza para callar y para sufrir.

Esa noche Isabel se durmió temprano, pero se durmió vestida.

Una criada anciana la llevó á la cama. La niña gritó como herida y lloró despertando. La criada notó lo que pasaba, y esperando á que Isabel volviera á dormirse, llamó á Doña Mariana.

Doña Mariana estuvo á punto de volverse loca de placer, y entabló con la anciana pláticas edificantes. Convinieron ambas mugeres, en que Isabel era una verdadera santa, que tenia sin duda alguna ganado el camino del cielo, y que en abiendo esto, las madrecitas del Convento de Nuestro Pare Señor San Bernardo, las de la Purísima Concepción y

las de Santa Teresa, se iban á volver locas: que el Padre Fray José se llenaría de orgullo, al ver lograda su hija espiritual, y que á no dudarlo, Isabel, como llamada al Cielo desde su tierna edad, debia ser monja y nada mas, pues el milagro estaba patente y patente la voluntad de Dios.

Don Manuel de la Rosa que era todavia tan bueno como su muger, celebró la maravilla, y segun sus piadosas costumbres, tan encomiadas por las monjas, hizo en accion de graciss algunas gracias que le granjearon mas que nunca su intachable reputacion de católico ferviente y ejemplar.

Como cosa de su propia inspiracion, se dijo una misa cantada en Santa Isabel, despues de la cual Don Manuel era festejado por las monjas de aquel convento, por el agudo dicho que habia usado al decir, que Santa Isabel, era la santa de su hija, é Isabel la hija de la santa.

Las monjas hicieron votos fervientes por que se acrecentara mas y mas el celo religioso de Don Manuel y de Doña Mariana, y porque Isabelita fuera cuanto antes á ser en el convento, la hija de la santa, como habia dicho muy bien el Señor Don Manuel de la Rosa, á quien Dios guardara muchos años.

Doña Mariana contó el hecho de convento en convento. Vistió con tal motivo algunos santos, recibió en cambio algunas santas reliquias, é Isabel fue, sin saberlo, en aquellos dias objeto de multitud de agasajos y obsequios de la mayor parte de las monjas.

Nádie dijo á Isabel que se la habia sorprendido con los silicios puestos, ni supo jamas quien se los habia quitado.

Algun tiempo despues lo preguntó á su confesor, y su confesor le contestó:

-|Los ángeles!

Isabel dedujo de todo lo ocurrido la siguiente, conclusion.

-Voy á volver á robar los silicios, para que cuando me duerma, me los quiten los ángeles, y lo vayan á contar á los conventos, para que las monjitas me manden muchos dulces y muchos juguetes.

Isabel encontró varias veces los silicios en el mismo sitio de donde los tomó la primera vez. Como la primera vez despertó sin ellos y como la primera vez recibió regalitos cada dia mejores.

Esta sábia combinacion de Doña Mariana, Don Manuel, y la criada, Fray José y las monjas, estaba confeccionando á la sordina una verdadera santa.

Dos acontecimientos extraordinarios vinieron al cabo de algunos años á interumpir la monotonía de la casa de Don Manuel de la Rosa, segun lo hemos manifestado ya á nuestros lectores anteriormente.

Estos acontecimientos fueron el repentino cambio de vida de Don Manuel y la presencia de Don Carlos en la casa.

Don Carlos no fué presentado como se acostumbra hoy, sino que trabó amistad, como se solia dicir entonces, con Doña Mariana.

Esta amistad se trabó en la Profesa.

Un dia Doña Mariana é Isabel acudieron tarde á misa; y desorientada Doña Mariana en la bien sabida siempre distribucion de horas, misas, sermones sacerdotes celebrantes y demas asuntos eclesiásticos, preguntó al acaso á Don Carlos que estaba de pie reclinado en un pilar del templo.

-Caballero ¿ha pasado ya la misa del Padre Miguelito?
-Si Señora, la dijo á las seis por que el Padre Capellan

de las Teresas tiene funcion titular.

-Es verdad, no me acordaba y perdone usted caballerito. ¿El padre Torres es él del sermon?

- Si Señora.

-Muchas gracias, dijo Doña Mariana despidiéndose con un movimiento de cabeza.

-Muchas gracias, repitió Isabel poniéndose colorada al través del velo de su mantilla.

Isabel á los trece años empezó á usar mantilla.

Carlos vio el carmin al través de la blonda y el amor al través de la turbacion.

Desde ese dia Carlos no faltó en la Profesa y se puso al tanto, por medio de los sacristanes, de una porcion de datos preciosos para Doña Mariana.

Otra mañana Carlos se acercó á Doña Mariana y le dijo al oido.

-Hoy no habrá misa de siete, por que el pobrecito del Padre Melgarejo se está muriendo.

-¡Como! jes posible!

—Si Señora, y cuatro Padres de este Oratorio de San Feli. pe Neri, estan á su cabecera.

Este diálogo se prolongó mas que ninguno otro.

Dirijir la palabra á una Señora en la calle por la causa mas justa y mas apremiante, hubiera sido una falta inperdonable; pero dialogar en la Iglesia acerca de los asuntos de la Iglesia misma con el derecho que para ello tienen los fieles como miembros de un mismo cuerpo, era una accion casi edificante.

Tanto interesó á Doña Mariana aquel suceso, que al salir del templo anudó la conversacion interrumpida con Don Carlos, quien caminando al lado de Doña Mariana llegó hasta la puerta de la casa.

Isabel iba por delante.

Pareció muy atento á Doña Mariana invitar á Don Carlos á subir, este se escusó diciendo que iba á desayunarse.

-¡Ha comulgado usted, dijo Doña Mariana, y ya son las ocho y media! ¡alma mia de usted! y le ofreció chocolate con todas las veras de su corazon.

Y Don Carlos aceptó el segundo chocolate de aquel dia con toda la emocion de un enamorado.

Dijimos al principio de este capítulo que Isabel esperaba à Don Carlos.

Veamos lo que sucedio esa noche en la casa de Don Manuel, mientras Quintero dormia ébrio, Aldama sufria de su golpe y sus heridas y Blanco pensaba en su robo.

## CAPITULO XV.

DOÑA MARIANA COMIENZA Á PONER EN JUEGO SUS GRANDES RESORTES.

Los amores de Isabel y Carlos eran amores santos, si los hay.

Oir misa juntos y juntos tomar el chocolate á las cuatro de la tarde, era la suprema felicidad de estos amantes.

Isabel no sabia escribir, pero sabia leer.

La primera conquista de Carlos fué conseguir de Doña Mariana que Isabel aprendiera á escribir á condicion de no escribirle á nungun hombre.

Carlos hizo ver á Doña Mariana que Santa Teresa y Sor Juana Inés de la Cruz sabian escribir.

Despues de esta cita irreprochable, Carlos fué el maestro

de escritura de Isabel.

La leccion era la tercera de las felicidades.

Carlos se aventuró á contar á Doña Mariana su rompimien to con aquellos pillastres de Aldama, Quintero y Blanco.

Doña Mariana se santiguó y aprobó la conducta de Carlos, quien en voz muy baja la dijo.

-Ya se quién es la muger que ha venido á derramar la amargura en esta casa. Esa muger se llama Teresa, es española, aventurera, de mala vida.

-¡El fin que tendrá esa desgraciada!

-No lo dude usted, Señora.

-Dios no se queda con nada.

-A la casa de esa muger, continuó Don Carlos, concurren esos perillanes y ellos son los que le ganan á su marido de usted el dinero que gasta.

-¿Qué haremos, Don Carlos, para acabar con esto?

-Lo pensaré mucho Señora, y sobre todo, bueno será con sultar con una persona docta y entendida.

-Ya he consultado con mi confesor, con las madrecitas y con algunos prelados respetables, con el Señor Dongo y con el Señor Lanuza y todos me aconsejan la prudencia. Sermones ya no valen; Fray José de la Purísima Concepcion se está aburriendo de predicar en desierto, asi como todos los eclesiásticos que se han acercado á mi marido para persuadirlo á que renuncie á esa vida de perdicion. Los negocios de la casa van á menos cada dia; y si no fuera por las casas cuyas escrituras están puestas á mi nombre y al de Isabel, nos quedariamos á un pan pedir. ¿Qué haremos Señor Don Carlos de mi alma? ¿qué haremos en esta tribulacion? ¿Mi eas, velas, y hasta novenarios, nada, nada es ya eficaz: ¡el

Señor se digne tocar el corazon de mi marido!

-He pensado, Señora Doña Mariana, que sería bueno consultar con un hombre de letras.

-¡Los hombres de letras! ¿Qué podrán hacer los hombres de letras cuando nada han podido hacer los hombres de la Iglesia?

-Muchas veces, Señora, los hombres de letras en su calidad de profanos y hombres de mundo, saben acertar en ciertas cuestiones que los teólogos y canonistas no resuelven.

-Lo dudo mucho, Señor Don Carlos.

-Pero será una prueba.

-Que saldrá fallida, como tantas otras,

-Quién sabe.

-Se convencerá usted bien pronto.

-Es que la persona á quién me refiero es hombre docto, de irreprensible conducta, y sobre todo, muy amigo y hasta secretario intimo del Exelentisimo Señor Virey Conde de Revillagigedo.

-¡Hola! ¡hola! ¡con que tan alto es el personaje!

-Me presta entera fé, y creo que algo se conseguirá.

-¿Se puede saber quién es?

-El Licenciado Don Francisco Primo de Verdad y Ba-

-He cido hacer elogios de su persona; pero no le conozco y además me parece muy jóven.

-Iremos juntos á hacerle una consulta.

Doña Mariana se quedó pensando.

-¿Vacila usted?

-Es que no quisiera cometer una inconsecuencia con el Padre Fray José de la Purisima Concepcion

-Es bien sencillo arreglarlo todo.

-¿De qué modo?

—Iré á nombre de usted á buscar al Padre Fray José, aquí lo impondrá usted del proyecto, y en su compañia irá usted á ver al Señor Licenciado Don Francisco Primo de Verdad.

-Me parecee bien pensado:

Y quedó convenido que al siguiente dia tendría lugar la importante consulta.

Allanadas las primeras pequeñas dificultades, Doña Mariana y el Padre Fray José en el coche de la casa se dirigieron, á la casa númere 3 del Puente del Espiritu Santo, casa habitacion conocida del Señor Licenciado Don Francisco Primo de Verdad, quién ocupa un lugar distinguido en la historia de México como la primera víctima de las ideas de independencia, y acerca de cuyo personaje ocuparemos la atencion de nuestros lectores algunas veces en el curso de esta obra.

El Licenciado Verdad era á la sazon un hombre acomodado: su bufete era de los de mas nombradía en la metrópoli y su fama de hombre integro, generoso é instruido, le valía la estimacion de sus conciudadanos.

Fray José se hizo anunciar por uno de los escribientes que habia en union de seis Pasantes de Abogado que habia en la primera pieza, y un momento despues entraba con Doña Mariana á la sala del Licenciado, que era espaciosa y adornada con todo lo que en aquella época constituia el confort de las habitaciones: cómodos y largos canapes, marcos de plata para las imágenes, alfombra europea, mesas, rinconeras, sillas de brazos de caoba macisa y algunos nichos cubriendo esculturas pequeñas representando algunos santos.

El Licenciado Verdad apareció en seguida recibiendo á sus visitas con la mas fina galanteria.

Fray José de la Purísima Concepcion entró en materia, contando con todos sus pormenores y detalles la historia de Don Manuel.

El Licenciado la oyó con suma atencion, dirijió á Doña Mariana y al fraile algunas preguntas preliminares para fijarse en la materia y habló de este modo.

-Reverendo Padre. La historia que acaba usted de referirme, es en efecto, de trascendencias funestas para la familia, y hay que lamentar por desgracia varios hechos como este, que son sin duda los de la peor especie.

Tengo el sentimiento por lo tanto de diferir de la opinion de usted acerca de que el hecho de que se trata es el único que puede darse, atendiendo á que esos estravíos son propios exclusivamente de la juventud.

-He tenido el honor de sostener esa opinion, salvo la del Señor Licenciado.

—Mis opiniones, Reverendo Padre, tienen mas de profanas que de místicas, mas de filosóficas que de doctrinales, y si usted me lo permite, desarrollaré en este sentido mi teoría, supuesto que para proceder acertadamente, debemos antes de fallar en un asunto, ó de buscar el remedio de un mal, analizar el orígen de ese mal y conocer suficientemente el asunto.

-Esactamente, Señor Licenciado.

-Esto supuesto, sentaré como tésis general que el mal que lamentamos es consecuencia inevitable de la educacion.

-El Señor Don Manuel de la Rosa ha sido un hombre bien educado, y sobre todo un católico ferviente y ejemplar.

-El Señor Don Manuel de la Rosa, replicó el Licenciado

ha tenido una educacion anómala y viciosa.

-¡Como! esclamó Fray José.

-Este es el primer punto que me proporgo probar. En cuanto á ser buen católico, hablaremos despues.

Doña Mariana abria desmesuradamente los ojos.

Fray José comenzaba á sentirse contrariado.

El Licenciado continuó,

-Los hombres que nada sabemos cuando nacemos, encerramos nuestra ciencia en estos dos axiomas:

Saber vivir y saber morir.

De la primera parte se encarga la filosofia.

De la segunda parte se ha encargdo la Iglesia.

-Para nosotros saber vivir es saber morir.

El Licenciado iba á contestar, pero fijó una mirada inteligente en Doña Mariana y la dijo:

—Señora: el Reverendo Padre y yó, vamos á entrar en el pormenor de una materia grave, que por mas que se ligue intimamente con el negocio que nos ocupa, temeria que entre tanto estuviese usted poco divertida. ¿Me permite usted que mi Señora la haga compañía?

—Con mucho gusto, si asi lo dispone el Señor Licenciado. Y este llamó en seguida á su muger, que lo era la Señora

Doña Rita Moya.

Fray José y el Licenciado pasaron al estudio que era una pieza cuadrada, rodeada de estantes de libros y ostentaba casi en el centro un gran bufete de madera de bálsamo, con incrustaciones de madera blanca en forma de jaspes.

Doña Mariana y la Señora Verdad quedaron en la sala. Cuando el Padre Fray José y el Licenciado tomaron asiento anudaron la interrumpida conversacion. Decia yo, Reverendo Padre, y me proponia probar, que el origen de ciertos males no es otro que una educacion viciosa y poco conforme con la verdadera filosofia.

Segun las leyes universales del desarrollo y el mejoramiento, todo lo que crece está sujeto á una série de trasformaciones que constituyen la vida.

Nace un vejetal, y sí en un periodo determinado, en el periodo de su nutricion y de su erecimiento se le priva del aire, de la luz y del calor, el vegetal erecerá imperfecto y enfermo; pero si un dia encuentra de nuevo aire, luz, calor y jugos, procurará recuperar el tiempo perdido y anhelará vivir como en la juventud, sin pensar en que vive ya en una época en que como los que vivieron mejor necesita descender.

-Podré objetar al Señor Licenciado que esa comparacion se inclina mucho al materialismo.

—Iba á fijar sobre eso la atencion de usted; he querido materializar para espiritualizar despues; por que supuesto que la materia ha subyugado al espíritu, he debido empezar por la parte dominadora; pero entrando desde luego en la parte espiritual diré á usted, Reverendo Padre, que estas aberraciones son el resultado preciso de la coacciou ejercida sobre la conciencia, quiero decir, de la educacion que prescribe el clero de hoy.

-Esa es una grave acusacion.

Es una triste verdad, Reverendo Padre. Hay en la organizacion del hombre, por un sábio principio de la naturaleza y por condicion indispensable de la constante reproduccion, cierta dósis de vigor, de fuerza, de amor y hasta de sueños, que son nada menos el material con que cada hombre concurre á la grande obra de la regeneracion universal.

La juventud vive prodigando sus tesoros de fuerza, sus materiales preciosos, sueña, goza, delira, ama, se gasta y se cansa.

Pero este desperdicio de fuerza y de vigor, esta liberalidad de elementos perdidos, no es estéril en la sábia armonía del universo.

Cuando el hombre ha atravesado ese mar borrascoso de la juventud, dejándose en las ondas procelosas, horas, ilusiones y esperanzas, fuerza, intrepidéz y arrojo, descansa en la orilla opuesta de ese mar y encuentra sus pérdidas indemnizadas con el tesoro de la esperiencia, con la nueva luz de un juicio recto, con el doble talisman del reposo y de la tranquilidad, dotes sin los cuales no puede leer en el gran libro de la vida: la filosofía.

Si el hombre ya en la opuesta orilla no se ha gastado hasta el aniquilamiento, ni se ha pervertido por el desenfreno, ese hombre marcha ergido por la edad viril, rico con la ciencia de la vida, fuerte para labrar el hogar de la famila, libre ya de los errores, de los estravios y los peligros de la juventud; apto en fin para ser padre de familia, digno ya de encargarse de enseñar á sus hijos, seguro de servirles de verdadero apoyo en la peligrosa travesia de ese mar encrespado y funesto con el que acabo de comparar la juventud.

—Me atreveré à pensar, Señor Licenciado, que esa opinion es la defensa y la sancion del libertinaje.

-No, Reverendo Padre, de la libertad individual.

- Y la conciencia, Señor Licenciado?

—Hay mas conciencia donde hay mas ciencia, Reverendo Padre.

-¡Error, Señor Licenciado, error!

-Seria un asunto este de tratarlo aparte.

-Pendiente le dejaremos.

—Veamos ahora, continuó el Licenciado, las teorias de usted, Reverendo Padre y las de muchos venerables prelados y sabios, cuyo valer respeto. Sigamos pues los pasos del Señor Don Manuel de la Rosa segun los datos que usted mismo acaba de mostrarme, y de corroborar la Señora Doña Mariana.

Me ha dicho usted que Don Manuel ha sido buen cristia-

-A carta cabal.

-Que su conducta cuando jóven fué irreprochable.

-Sin duda alguna.

—Y que no tuvo mas amores que los de Doña Mariana, su muger hoy.

-Esactamente, Señor Licenciado.

—Las faltas que se cometen en la edad de la inesperiencia y las pasiones, Reverendo Padre, tienen la disculpa del débil, del niño, del loco y del ciego: las faltas que se cometen en la edad de Don Manuel; son incurables, Reverendo Padre. Son un saldo de cuentas póstumo, cuya liquidacion es la muerte.

-¿Usted lo creé incurable?

-Absolutamente. Se cura un jóven por el cansancio: pero á un viejo que empieza á amar á los cincuenta años, no le queda tiempo para cansarse.

Se enmienda un jóven por la promesa de un bienestar futuro en esta vida y por la esperanza.

El viejo libertino sabe al serlo, que entre el libertinaje y la muerte habrá solo un momento, muy corto para enmendar-

se, muy tardio para arrepentirse y muy fugaz para la expiacion.

El viejo que acepta con la cabeza encanecida un papel en la juventud, ó siguiendo mi comparacion, una barca en ese mar de que hablé antes, sabe que al tocar la opuesta orilla no le espera mas que la muerte.

El hombre que no pudo ser jóven, rompe, al pensar en ello con el mundo, y aunque tarde, concurre al festin del amor y los placeres por la parte á tuvo derecho.

En la veloz carrera del progreso humano, el que se queda atraz perece; los que vienen atraz pasan sobre él, y si corre despues para llegar con todos, siempre llega tarde.

Don Manuel llegó tarde á la juventud: cuando pueda empezar á ser hombre encontrará la muerte.

- -¿Con que Don Manuel no tiene remedio?
- -Ninguno.
- \_XY la relagion?
- -La abandonó Don Manuel al tomar su barquilla.
- -¿Pero volverá?
- -Debemos creer en los milagros.
- -Habiéndo sido buen cristiano, volverá al redil.
- -Fué demasiado bueno.
- -Por lo mismo hay que esperar.
- Hay que desesperar por lo mismo.
- -No comprendo.
- —Don Manuel niño, aprendió á temer y no á pensar. Débil de carácter se plegó siempre, aceptó la obediencia pasiva, sin que su orgullo de hombre se rebelara contra la tiranía de la coaccion, nació su conciencia debajo de otra conciencia, nació su voluntad debajo de otra voluntad: obedeció,

calló, oró y vegetó.

- -Como buen cristiano.
- -Como cautivo, como esclavo.
- -Todos sómos siervos de Dios y herederos de su gloria.
- —Don Manuel cambió de tiranía; y de esclavo del clero pasó á ser esclavo de Teresa. Las tiranías no hacen mas que esclavos.

La verdadadera religion hace hombres libres.

- -La religion hace santos.
- —Don Manuel era santo, y San Agustin era malo, Reverendo Padre, y usted menos que nadie debería sorprenderse al contemplar los frutos de la tiranía religiosa.

El despotismo ha llenado el mundo de mártires y esclavos, de ignorantes y seres abyectos; pero en la terrible leccion de la desgracia, se levantan un dia los oprimimidos y rompen sus cadenas: tiempo vendrá en que el clero católico predominante y omimodo, sienta rujir el volcan bajo el pedestal de su grandeza.

Fray José estaba profundamente pensativo y aunque el Licenciado Verdad era hombre de caracter independiente y de valor civil, creyó conveniente en gracia de dejar abierta la puerta á la discusion, cuya materia alhagaba sus ideas dar por entonces á sus discursos un temperamento que alhagara algo al fraile.

—Al espresarme con la franqueza y la libertad con que lo he hecho, Reverendo Padre, he fiado no solo en las luces y ca pacidad de usted, sino en su discrecion y prudencia. No consolar á esa pobre Señora, sería cruel por nuestra parte; y como á la vez el mundo ha de ser como es y no como yo quisiera que fuese, pensemos en ensayar algunos medios que

si no la fé, por mi parte, al menos la caridad nos dará un buen consejo: estoy por lo tanto á las órdenes de usted, Reverendo Padre.

Fray José estaba un poco desconcertado.

Su vanidad de fraile de polendas, le habia hecho notar que el Licenciado Verdad le daba un tratamiento especial. No le habia llamado vuestra paternidad. Le disonaba el usted, y creia notar algo forzado en el "Reverendo Padre."

De todos modos, Fray José propuso al Licenciado, segun lo concertado con Doña Mariana, que en su caracter de Secretario íntimo del Virey, interpusiera sus respetos á fin de que en bien de una familia noble y distinguida tomase alguna disposicion gubernativa y adecuada al asunto.

Así se convino, ofreciendo el Licenciado hablar con el Conde de Revillagigedo á la mayor brevedad.

Acompañó á Doña Mariana hasta el pátio; aceptó respetuosamente la mano del Fraile sin besarla, y se despidió con la mayor cortesanía.

## CAPITULO XVI.

LA INFAMIA, COMO EL HUMO, LLENA DE HOLLIN EL LUGAR POR DONDE PASA

In la mañana de ese mismo dia Quintero y Blanco entraban á la casa de Aldama donde yacia éste enfermo.

Quintero contó su pérdida en el juego, Blanco se lamentó de su estado de pobreza, y Aldama juró mil veces vengarse de Don Carlos.

- —¡Maldito médico! esclamaba Aldama. Si no hubiera sido por tu buena tia que no ha cesado de curarme, me divertiría ocho dias en la cama.
- -Pero al fin estás restablecido, le dijo Quintero.
- -Estoy mejor, y con dos dias mas, estaré fuerte; y necesito estarlo por que estoy decidido á tomar una venganza cruel.